

“La ciudad y los miedos: imaginarios de miedo y sospecha en la cultura urbana”.

Guadalupe López.

Cita:

Guadalupe López (2004). *“La ciudad y los miedos: imaginarios de miedo y sospecha en la cultura urbana”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/50>

Título de la Ponencia: *“La ciudad y los miedos: imaginarios de miedo y sospecha en la cultura urbana”*.¹

Autora: Guadalupe López

Afiliación Institucional: Facultad de Ciencias Sociales (UBA).²

Email: guadayvero@arnet.com.ar

Introducción: “Nunca dormí en la calle. Los que, por pobreza o por vicio, viven en la ciudad como si fuera un paisaje por el que derivan desde el anochecer a la salida del sol, únicamente ellos conocen la ciudad de un modo que me está vedado” (W. alter Benjamín)

El presente trabajo gira en torno a La construcción social del miedo en la cultura urbana y su manifestación en el territorio, proponiéndose realizar algunas reflexiones sobre el proceso de formación de subjetividades en torno a temores y sospechas en la convivencia urbana, a partir de los relatos y testimonios de vecinos del barrio Parque Patricios. Con este objetivo, se realizó un estudio exploratorio con el fin de indagar hasta qué punto los miedos al incorporarse construyen determinados imaginarios sociales que promueven estigmatizaciones hacia el otro cultural, hacia el diferente, hacia lo desconocido, expresándose a través de los distintos discursos y prácticas sociales de los mismos vecinos en el territorio.

Al mismo tiempo, se planteó indagar si dichos temores y sospechas entre pares promoverían un “aplanamiento de la imaginación social” (A. Entel, 2000), es decir, la imposibilidad de construir alternativas transformadoras más allá de las estrategias de

¹ Desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación UBA Cy T: “**Comunicación y Ciudad: la construcción social del miedo en la cultura urbana. Estudio comparativo de los imaginarios del miedo en tres ámbitos claves para la construcción de subjetividades: el territorio, los medios, la escuela**”. Directora Alicia Entel. Período que abarcó la beca: Mayo de 2001 – Abril 2002.

² Lic. y Profesora en Sociología de la FacSo (UBA). Becaría Estímulo. 2001- 2002. Instituto Gino Germani. Ayudante de la materia Prácticas de la Enseñanza. Cátedra Pipkin.

supervivencia, así como de redes solidarias que permitan canalizar las demandas, iniciativas y toma de posición de los vecinos. Asimismo se intentó descubrir qué tipo de relaciones son las que se desarrollan y hasta qué punto tendencialmente se despliegan en el barrio solidaridades, comunidad, la especificación de “amigos y enemigos”, o más bien formas de exclusión o discriminación, entre los mismos vecinos.

Una aproximación al terreno

Mediante la técnica “bola de nieve”, se iniciaron los primeros contactos exploratorios en el barrio de Parque Patricios, de este modo se fueron recorriendo las principales organizaciones e instituciones señaladas por los mismos vecinos como más significativas para el barrio y de mayor convocatoria. En las entrevistas con los vecinos se buscó indagar en el análisis de los relatos y discursos la presencia de determinados modos de circulación simbólica de los miedos. A través de algunas preguntas utilizadas a modo de “disparador” se rescató de los testimonios y anécdotas *a qué o a quiénes los vecinos manifiestan tener miedo o que situaciones les generan temor y sospecha y como esto repercute en su cotidianidad.*

Una vez identificados estos elementos, se les preguntó a los mismos vecinos cuál era su actitud y las posibilidades reales de responder a estas situaciones que generaban miedo y sospecha, y con esto abordar uno de los propósitos centrales del trabajo, cómo actúa y qué efecto produce el miedo incorporado en la propia subjetividad de cada vecino y en el barrio, si recrea redes de solidaridad y participación o si por el contrario deviene en formas de individuación y replegamiento hacia adentro.

Principales dimensiones de análisis

Para abordar los interrogantes que plantea el estudio de la trama barrial, del recorte elegido, consideramos fundamental el aporte de Schütz (1974) para quien la

comprensión de la conducta puede examinarse “**fenomenológicamente**” como un proceso de tipificación, por el cual el actor aplica esquemas interpretativos aprendidos para captar la acción de lo que realizan. Según Schütz, la relación social central es la del “otro” directamente experimentado, la relación “nosotros”, y toda una serie de nociones de formas sociales aplicadas por los actores que derivan de ésta.

El yo no puede adscribir significado a ninguna de sus vivencias mientras están ocurriendo realmente, pero es posible atribuirlo a la mayoría de las vivencias en forma retrospectiva. Asimismo, puede asignar significado en forma prospectiva a vivencias futuras. En cada una de sus vivencias el hombre común evoca experiencias pasadas que están guardadas en su conciencia. En función de las cuales espera determinadas cosas. Estas experiencias aparecen como ordenadas tal cual le parece que está ordenado el mundo externo, y a no ser que surja una clase especial de problema, este hombre no se cuestiona como se constituyó ese mundo ordenado. (Schütz, 1975)

Si establecemos un esquema de nuestra experiencia constituiremos un contexto de significado, el cual va a formar una configuración de nuestras experiencias pasadas que abarcan los objetos que las forman, pero no los procesos mediante los cuales se han constituido. Se afirma la objetividad constituida pero se ignora el proceso que lleva a su constitución.

Los seres humanos, pese a lo que podamos creer no somos libres, tenemos formas de pensamiento y acción restrictivas impuestas por las condiciones sociales existentes, y no adaptamos a tales condiciones en lugar de oponernos a ellas.

En esta división del trabajo, en que el pensamiento corresponde a un sector, el de los expertos y competentes, pareciera que “...*han tomado superfluos a los individuos que planifican su propia felicidad.*” (Horkheimer y Adorno, 1971: 240).

Por lo tanto la construcción de la subjetividad se ve al menos condicionada por estas situaciones externas que muchas veces están internalizadas por los sujetos, y que sólo en **determinadas experiencias límite** logran romper.

Ante esta situación al individuo le queda adaptarse a lo que la sociedad le propone, lo que Horkeimer y Adorno llaman adoptar un “*ticket*”, asimilándose a la apariencia petrificada como realidad, permitiendo su reproducción. (Horkheimer, y Adorno, 1971: 242)

Una de las principales dimensiones a considerar para el desarrollo de este artículo es la idea de **construcción de imaginarios sociales**, en este sentido partimos de los aportes de Appadurai quien sostiene que “*las personas comunes y corrientes comenzaron a desplegar su imaginación en el ejercicio de sus vidas diarias, lo que se ve en el modo en que mediación y movimiento se contextualizan mutuamente*” (Appadurai, 2001: 21)

Parte de lo que los medios de comunicación de masas hacen posible, precisamente a raíz de producir condiciones colectivas de lectura, crítica y placer, lo que entre otra oportunidad fue denominado por el autor *comunidad de sentimiento* (1983), que consiste en un grupo que empieza a sentir e imaginar cosas en forma conjunta, como grupo. (Appadurai, 2001: 23)

Según Baczko (1991), a través de los imaginarios sociales, una sociedad designa su identidad elaborando una representación de sí misma, marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales; impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores.

Así es producida una representación totalizante de la sociedad como un “orden”, según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser. Designar su identidad colectiva es, por consiguiente, marcar su “territorio” y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los “otros”, formar imágenes de amigos y enemigos, de

rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recuerdos pasados, así como proyectar hacia el futuro sus temores y esperanzas. Es en la elaboración de los medios de su protección y difusión, así como de su transmisión de una generación a otra, donde se hacen patentes los modos de funcionamiento específicos de este tipo de representaciones.

El dispositivo imaginario, al ser un esquema de interpretación pero simultáneamente una valoración, induce a la adhesión a un sistema de valores e interviene con buenos resultados en el proceso de interiorización por parte de los individuos, moldeando conductas, encausando energías y conduciendo a los individuos a una acción común, en caso de ser necesario. De este modo, cuando una sociedad se siente agredida desde el exterior, pone en movimiento todo un dispositivo de imaginarios sociales con el fin de movilizar las energías de sus miembros, de reunir y guiar sus acciones. Sin ir más lejos, toda ciudad es una proyección de los imaginarios sociales sobre el espacio, al explotar la carga simbólica de las formas, su organización espacial le otorga un lugar privilegiado al poder. (Cfr. Baczko, 1991)

Otra dimensión que nos interesa rescatar es la de lo “**cotidiano**”, en este sentido seguimos la línea de pensamiento propuesta por Berger y Luckman (1984) para quienes la realidad de la vida cotidiana se organiza alrededor del “aquí” de mi cuerpo y el “ahora” de mi presente. Este “aquí y ahora” es el foco de la atención prestado a la realidad de la vida cotidiana. Sin embargo, la realidad de la vida cotidiana no se agota por estas presencias inmediatas, sino que abarca fenómenos que no están presentes “aquí y ahora”. Esto significa que se experimenta la vida cotidiana en grados diferentes de proximidad y alejamiento, tanto espacial como temporal. (Berger y Luckman, 1984: 40)

A su vez, la identidad constituye un elemento clave de la realidad subjetiva y en cuanto tal, se halla en una relación dialéctica con la sociedad: la identidad se forma por procesos sociales. Una vez que se cristaliza, es mantenida, modificada o aún reformada por las relaciones sociales. Los procesos sociales involucrados, tanto en la formación como en el mantenimiento de la identidad, se determinan por la estructura social. Recíprocamente, las identidades producidas por el interjuego del organismo, conciencia individual y estructura social, reaccionan sobre la estructura social dada, manteniéndola, modificándola o aun reformándola. (Berger y Luckman, 1984: 216)

Otro aspecto que nos interesa rescatar son los ***procesos de estigmatización*** (Goffman, 1955: 12) donde el medio social es quien establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar. Por lo tanto, el intercambio social rutinario en medios preestablecidos permite trabajar con “otros” previstos sin necesidad de dedicarles atención o reflexión especial. En consecuencia, según Goffman, es probable que al encontrarnos frente a un extraño, las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuales son sus atributos, es decir, su “*identidad social*”. Cuando el conjunto de atributos que posee la persona en cuestión - que conforman las identidades sociales reales - no se aparta de las expectativas —que conforman la identidad virtual o estereotipo- se conforman individuos “normales”, cuando sucede lo contrario, estamos ante la aparición de un estigma. De ese modo, dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial, cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio.

Acercándonos aún más a nuestro objeto de estudio, nos basamos en la definición que realiza Agnes Heller (1985) para reflexionar sobre los ***miedos***. Según lo explicita la autora, el miedo es una de las características propias de la especie. Más allá de ser uno de sus sentimientos más expresivos a nivel individual, lo que éste provoca,

siempre viene dado socialmente. El sentimiento del miedo, como todos los demás, es provocado por el estímulo presente, Heller sostiene que el miedo dirigido al futuro, o al pasado, no es un sentimiento sino una emoción y que es la emoción del miedo la que puede repentinamente tornarse en sentimiento miedo, por ejemplo cuando a lo que se teme en un futuro lejano sucede repentinamente, pero no siempre resulta así.

Este sentimiento puede ser provocado no sólo por un objeto del que se sabe es peligroso sino también por un objeto desconocido, precisamente porque no somos capaces de situarlo cognoscitivamente, porque somos incapaces de identificarlo.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, es exacto el planteo de Heller cuando sostiene *“no es posible imaginar un mundo sin miedo”*. (Heller, 1985:107)

Para contextualizar la presencia de los **miedos en el marco de lo urbano**, seguimos a Bauman (1998) quien establece una comparación entre la ciudad de la antigüedad que en un principio existió para proteger a sus residentes intramuros de los invasores malignos que siempre venían de afuera, mientras que en la actualidad esta ciudad “está asociada con el peligro más que con la seguridad”.

La expansión de cerraduras en automóviles y casas, así como los sistemas de seguridad, las comunidades “cercadas” y “seguras” para grupos de todas las edades y niveles de ingresos, la creciente vigilancia de los espacios públicos, los mensajes de advertencia y peligro emitidos por los medios de comunicación masivos, patentizan sin lugar a dudas, que el factor miedo ha crecido.

Es en el **“enemigo interior”** donde se concentran los miedos contemporáneos, típicamente urbanos, diferenciándose de aquellos que en otras épocas condujeron a la construcción de ciudades.

Los muros que rodeaban las ciudades la antigüedad para aventar la amenaza de los ejércitos extranjeros y otros peligros que acechaban más allá de ellos, ahora están dentro de ella. Esta sensación se percibe al observar los vecindarios cercados, la

nueva modalidad de los espacios públicos con acceso selectivo y rigurosamente vigilados, el auge de puertas eléctricas y guardias armados, que previenen y protegen contra *“los ciudadanos indeseados”*.

La gran estrategia de supervivencia de la megalópolis moderna es no solidarizarse con el otro sino evitarlo, separarse de él. Así se anula el dilema y se vuelve innecesario elegir entre el amor y el odio. (Bauman, 1991: 66)

En lo que hace a la actualidad, sobre todo a partir de los años 90, las profundas transformaciones económicas y sus extensiones a los comportamientos cotidianos han colaborado para intensificar la vulnerabilidad de los actores. Entendida en el sentido que le otorga Castel (1991) como una zona intermedia e inestable que conjuga la precariedad laboral con la fragilidad de otras redes de sociabilidad.

Esta noción nos fue de suma utilidad para reflexionar sobre algunos de los comportamientos de los sujetos en relación a los nuevos miedos identificados en lo que refiere al campo laboral como en relación a los “otros” con los que convive y construye las cotidaneidades que hacen a lo barrial.

Acerca de los miedos: “La formación del miedo tiene dos fuentes: la experiencia personal y la experiencia social adquirida mediante la comunicación...” (Heller, 1985)

¿A qué le tiene más miedo la gente hoy? ¿Qué situaciones le generan temor? A través de estas preguntas, intentamos indagar sobre cómo se construye la subjetividad de los sujetos en torno a los miedos, y descubrir los síntomas en el discurso. A continuación se presentarán las principales reflexiones que han surgido a partir del análisis de las entrevistas realizadas a vecinos y organizaciones del barrio de Parque Patricios.

En una primera aproximación, podemos dividir los miedos en dos clases relativamente definidas: los miedos latentes y los miedos manifiestos. Por un lado, el miedo a la represión, cuyo antecedente más cercano fueron los hechos sucedidos el pasado 19 y

20 de diciembre de 2001³ y cuya historia remonta unívocamente a una oscura historia de dictaduras militares. Se tratan de miedos ligados a la construcción de imaginarios sociales que operan en cierta medida en la actualidad.

En los relatos obtenidos se hace presente el miedo a la represión, con sus huellas claramente marcadas, producto de la última dictadura. Esta es una de las razones que ha sido identificada acerca de por qué la gente no participa: la causa es justamente el miedo latente a un nuevo golpe de Estado, con todo lo que ello implica.

Muchos discursos hicieron alusión a tenerle *“miedo al país”*. Genera mucho miedo que la gente esté tan mal, que sólo se hable de política. Se escucha todo el tiempo la palabra *“chorro”*. Despierta miedo la posibilidad de que suceda *“algo feo en el país”*, como cuando surgieron los discursos de la posibilidad de una guerra civil o un golpe de Estado. Muchos señalan que la gente está muy agresiva y por ende *“los chicos en la escuela también”*. Sobre todo entre ellos, se gritan, se empujan, se pelean, *“le pasamos el malestar de los grandes”*. Es decir, surge toda una gama de miedos ligada al crecimiento de la pobreza y la injusticia social.

Por otro lado, se registró el miedo a la violencia y la *“ola de inseguridad”* –como la llaman fundamentalmente los medios de comunicación– que ha crecido en los últimos tiempos, consecuencia de la difícil situación del país, de un modelo que cada vez excluye a más sectores de la sociedad. Con respecto a este último punto, encontramos numerosos testimonios y anécdotas que hablan del incremento de hechos delictivos.

³ El desarrollo del proyecto de investigación se enmarcó en un contexto, por demás particular, el país comenzaba el tránsito final hacia un nuevo estallido social a nivel nacional, producto de años de implementación de políticas neoliberales con altísimos costos sociales, que llevaron a que finalmente, el 19 de diciembre de 2001, sectores significativos de la población saliera a la calle a expresar un repudio generalizado a la situación imperante de ese momento. El crecimiento de la pobreza, el aumento del desempleo, la desprotección social y la corrupción en la cual estaba inmersa el país llegó a su punto máximo, manifestándose en esa concentración espontánea del pueblo argentino en la Plaza de Mayo. Este hecho llevó a la caída de gobierno de Fernando de la Rúa, acompañado por una respuesta represiva por parte del Estado.

La focalización de este miedo está puesta en algunos grupos de jóvenes del barrio: *“cada vez son pibes más chicos”*.

En el fondo de esta cuestión, se encuentra el miedo al crecimiento de la violencia como expectativa de futuro. Esto quizás vaya más allá de un miedo personal y nos hable de un miedo que se instale en el plano de lo social, de lo cotidiano.

La falta de políticas sociales inclusivas que habiliten la posibilidad de que todos los sectores, especialmente los más marginados, encuentren otras alternativas, constituye una causa importante de ello.

El miedo fundamentalmente gira en torno a sufrir un robo o un asesinato en la calle. Lo “paradójico”, por llamarlo de alguna manera, es que este miedo se hace extensivo a los actores sociales que supuestamente tendrían que brindar seguridad, como la policía.

Otra situación que genera miedo en el barrio es el crecimiento del consumo y la venta de droga entre los más jóvenes.

Del mismo modo, están presentes miedos ligados a la dinámica generada por la agudización de la crisis económica que repercute en el ámbito de lo cotidiano, miedo a *“que no te alcance la plata hasta fin de mes”*, a la inestabilidad laboral, a los despidos, miedo a enfermarse: *“...estamos sin obra social”*. Muchos trabajan “en negro”, a cuenta de callarse y sienten impotencia de no poder denunciar esa situación para no perder el trabajo. Todo ellos ligados a las situaciones de vulnerabilidad social (Castel, 1991).

Por otra parte, en otro nivel de análisis, en los discursos de algunos vecinos está el miedo *“A que no nos despertemos más”* y a que esa somnolencia lleve a dejar de creer en los ideales y en que otra forma de organización es posible.

Asimismo, sumado a esto, aparece el miedo a la *discriminación*, incluyendo, fundamentalmente, “el pensar diferente”. Se percibe en la gente el riesgo de disenter de la opinión masiva, de la opinión que se trata de instalar desde “el gobierno de turno”

persistiendo de este modo los abusos de poder de quienes manejan arbitrariamente las decisiones. Es el mismo miedo a ser discriminados por las instituciones en que se participa habitualmente, sean políticas o no gubernamentales. En los relatos de los vecinos se evidencian los efectos de *parálisis* que provoca el miedo, miedo tanto de pensar algo nuevo, algo distinto, un proyecto alternativo como el miedo de dejar de lado aquello que nos resulta familiar, conocido, a lo que estamos acostumbrados, por más que seamos conscientes de que no es lo mejor.

Los miedos: continuidades y rupturas:

En este punto, nos interesó indagar sobre los miedos en otros momentos de la historia y compararlos con los de la actualidad para así poder descubrir qué ha pasado con los mismos, si se han regenerado, si se mantienen intactos o si han construido nuevas subjetividades en torno a estos climas de temor y sospecha.

Buscamos indagar cómo los vecinos organizan su propia memoria, y conviven con ciertas experiencias que los han marcado a lo largo de su vida.

En este sentido, podemos decir que existe cierta continuidad con los miedos que existieron siempre, pero ahora bajo *nuevas caras*.

El miedo a desaparecer físicamente propio de los ´70, hoy aparece como el miedo a la pérdida del trabajo, que hace que uno desaparezca socialmente. Como ya hemos mencionado, persiste el miedo a opinar diferente del otro, que es el mismo miedo con el que se convivió durante la década del ´70. Si bien en ese momento pensar diferente significaba la tortura y la desaparición física, ahora, ser o pensar de modo diferente implica la pérdida del trabajo y la *desaparición social*. Carente de inserción laboral es como si el individuo no existiera.

Antes, era claro el miedo a la dictadura, a una situación política de represión y muerte; hoy, el miedo se traslada al campo de lo cotidiano, de una situación social que angustia como lo es, por ejemplo, no tener qué darles de comer a los hijos, no llegar a

fin de mes, o perder el trabajo. Estos miedos actuales ligados a la situación de crisis económica y sociopolítica.

Los miedos: como disparadores de otros procesos: “El miedo se convierte en operador simbólico que a partir de ciertas creencias modifica el uso de la ciudad (Reguillo, 1998: 6)

Otro de los objetivos del trabajo fue detectar en los discursos de los vecinos, ya sea explícita o implícitamente, cómo actúa el miedo, qué “efectos” tienen las situaciones que generan temor. Esto es, a partir de las anécdotas y demás relatos que trajeran los vecinos, se buscó analizar a partir de qué factores se construyeron los escenarios de incertidumbre, desprotección y sensación de vulnerabilidad.

Uno de los efectos reconocidos que provoca la imposición de miedos es *la fabricación* de un estado de inseguridad que anula principalmente toda capacidad de buscar ayuda o de realizar algún tipo de movimiento. En este sentido, el miedo paraliza.

Otra forma en la que actúa y actuó el miedo es a partir de las huellas que dejó en la memoria de la gente. Esas huellas van a estructurar de alguna manera las formas de sentir y actuar en el futuro, reflejándose por ejemplo en las prácticas sociales más cotidianas: “*si yo voy a hacer un trámite llevo documento, si voy a una comisaría ni te digo, si puedo ir con un testigo mejor, esos miedos, esa desconfianza, esa incertidumbre a mi me quedó*”

Otro efecto producido por el miedo es la búsqueda constante de un culpable, de tratar de encontrarle “una cara” a los responsables de temas como la circulación de droga o la falta de seguridad.

También desde los sectores relacionados con la educación se reconoce que por miedo la “*escuela no se pone a la altura de las circunstancias*”, según algunos testimonios, maestros y profesores manifiestan miedo de involucrarse en “lo político”.

Climas de sospecha: “Conforme la pobreza avanza, se fortalece un discurso que ha

terminado por convertirla en categoría de clasificación sociocultural, a la que se asignan un conjunto de atributos a priori, que tiene repercusiones sociopolíticas para el uso de la ciudad. Por ejemplo, crece la exclusión a través de mecanismos autoritarios y de represión policíaca, aumenta la sospecha y la desconfianza como forma cotidiana de vida, disminuyen los lugares de sociabilidad y de encuentro colectivo, lo que deriva en un “achicamiento” de la experiencia urbana.” (Reguillo, 1998: 6)

Dentro de lo que se pudo identificar como climas de sospecha, se reitera “la villa”, como lugar donde depositar la culpa de todo lo malo que pasa en el barrio, como lugar en torno al cual giran los principales prejuicios y sospechas. A su vez, la “calle” parece haber adquirido un status de peligro que antes no tenía. Se toman precauciones que antes no se tenían, como: *“Antes de entrar a tu casa miras a ver si hay alguno en la esquina”*. Lo mismo que dejar la puerta de calle siempre con llave.

También son particulares para algunos vecinos las ocasiones con convocatorias masivas y los días de partido de fútbol, en los que puede haber incidentes con las barras bravas. Asimismo, la presencia de climas de sospecha se manifiestan en las reuniones de Asambleas Barriales. Seguramente esto está relacionado con miedos anteriores fundamentalmente vinculados a recuerdos sobre la participación y reunión de grupos. Como se mencionó anteriormente, los temores de hechos que han pasado y que pueden volver a pasar por comprometerse y tomar participación, retornan con mucha fuerza. También los climas de sospecha se trasladan a algunas personas del barrio que se han incorporado a la escena política últimamente, quienes, a raíz de su comportamiento distante, pierden la confianza que en un momento les depositó la gente.

Como aspectos que hablan de un reagrupamiento territorial, producto de la presencia de los miedos, surgió principalmente la existencia y delimitación de zonas en el barrio, sobre las cuales se hace hincapié de *“no andar de noche por determinadas calles”*.

Nuevos imaginarios urbanos: construcción del enemigo

¿A quiénes se identifica en el barrio como *“enemigos”* y de *“quiénes cuidarse”*? A través de las anécdotas y entrevistas, también se ha intentado rescatar a estos *“personajes”*. El barrio ha sido catalogado por muchos vecinos como muy prejuicioso, de *“acusar antes que preguntar”*. En parte por este tipo de actitudes y en parte por hechos que han ocurrido, junto a los *“viejos enemigos”*, se han construido otros personajes *etiquetados*, estigmatizados (Goffman, 1995) a quienes algunos vecinos señalan como: *“El villero”*: todo lo malo que pasa en el barrio tiene origen en la villa. Por eso mismo, no se quiere pasar nunca cerca de esa zona; se tratan de evitar algunos vecinos, *“El barra brava”*: cuando los vecinos manifiestan cierto temor evidenciado en el cerrar los negocios más temprano *“por las dudas”* los días que hay partido, o no salir esos días a la calle por si hay barras bravas bajo el efecto de las drogas o el alcohol en la calle que buscan pelear: *“El distinto”*⁴: puede ser el discapacitado, el *“viejo”*, el homosexual, todo aquel que se aparte del patrón impuesto como *“normal”*; *“El que piensa diferente”*, al que se lo acusa de que *“en algo andará”*, al que se le veta la posibilidad de plantear otra postura, amenazándolo con la pérdida del trabajo o la discriminación; *“El zurdo”*, al cual se lo acusa de revoltoso y culpable de la situación actual; *“El autoritario”*: cuando se cataloga desde una postura opuesta a las instituciones o a las personas de *“fachos”*; *“La policía”*: por los grados de corrupción y el abuso de poder ejercido en sus funciones. *“El adicto”*, adjudicándole el papel de *“peligroso”*, de ladrón; *“Algunos grupos de jóvenes”*: acusados también de protagonizar la mayoría de los hechos delictivos. Objetivamente se reconocen elementos que

generan inseguridad, como el aumento de la violencia, de los robos, los asesinatos y demás hechos delictivos, a ellos se suma un “discurso moralizante” que busca (y encuentra) a los “culpables” del caos social: el drogadicto, el barra brava, el villero, el “diferente”.

“La amenaza que proviene de lo “otro normalizado” se expande y al decir de Bartra (1996) esta expansión actúa como mecanismo anulador de los conflictos profundos de la sociedad.” (Reguillo, 1996: 13)

El problema que reside bajo estos procesos de estigmatización, es la visión de una realidad recortada, es decir, anulada y desanclada de las condiciones sociales y económicas que la producen, se pone de manifiesto el conjunto de atributos que de manera *aprobemática* están asociados a estos actores.

Compromiso y Participación social como una respuesta

Sin embargo, el miedo puede actuar de otro forma. En algunas ocasiones, estimula a que los vecinos se reconozcan mutuamente pasando un mal momento y esto los lleve a buscar fuerzas en los demás. Una forma de actuar frente a la “*parálisis*” inicial que provoca el miedo es invitando a la participación, y en segundo lugar, involucrándose con el vecino, con “el otro”.

Como la contracara del miedo, han surgido discursos y relatos que hablan de la esperanza, la generación de expectativas y la toma de decisiones.

Se han recreado formas de solidaridad a raíz de los últimos sucesos⁵. La Asamblea barrial es una de ellas; no hay vecino que no la conozca y no vea a su vez, ya sea que participe o no, formas de solidaridad que se tejen alrededor de ella, principalmente porque tratan los problemas cotidianos e inmediatos del barrio. Además de cuestiones

⁴ En este caso no sería tanto miedo como sí discriminación.

referidas a los robos y el incremento de la violencia, se han generado reclamos genuinos y concretos de los vecinos a la policía. Por un lado, reclamos relacionados con los abusos de poder y por otro, reclamos que tienden a “recordar” el lugar que tiene que ocupar esta institución. Otro gesto de solidaridad que hace a lo *cotidiano* es el hecho de que entre los mismos vecinos de la cuadra, consecuencia de los robos reiterados en sus negocios, se “cuidan mutuamente” los locales y promueven, de esta forma, una solución frente a este miedo tan extendido.

Existe muy buena comunicación de algunos vecinos con las diferentes organizaciones e instituciones del barrio, como el Instituto Bernasconi, la radio: FM Patricios, el Hospital, las Asociaciones Civiles. La sensación de estar comunicados, sentirse funcionado en red, es uno de los aspectos que llevan a “alivianar” los temores y problemas que se pueden ir suscitando en el barrio.

En general, existe buena predisposición de los vecinos a participar, siempre que la invitación sea por una “causa justa” o para compartir los problemas. Existen eventos que ya son propios del barrio como “los carnavales”, “los 2 Km. por el Sida” y otras actividades solidarias para los más necesitados. Este tipo de acontecimientos dan cuenta de la generación de actividades destinadas a paliar los miedos relacionados con el aumento de la pobreza, la discriminación frente a algunas enfermedades y sobre todo presentarle batalla a esta nueva lógica de individuación que parece querer plasmarse en las lógicas ciudadanas, creando un potencial miedo a la soledad.

Palabras Finales

Si bien se puede reflexionar sobre algunas cuestiones manifestadas en los relatos de los vecinos y que han sido por demás significativas, las mismas tuvieron un propósito exploratorio más que explicativo o interpretativo. La experiencia permitió reunir

⁵ En particular nos estamos refiriendo a la represión ocurrida en Plaza de Mayo el pasado 19 y 20 de diciembre de 2001.

elementos que reflejaron de qué manera estos miedos, al incorporarse en los sujetos, construyen determinados imaginarios sociales que promueven procesos de estigmatización: *“la construcción de un enemigo”* o bien expresiones de comportamientos más ligados a la solidaridad y la participación social.

A partir de preguntarle a los vecinos *“a qué le tienen miedo”* surgieron básicamente dos cuestiones. Por un lado, es el miedo a la represión, íntimamente relacionado con los últimos sucesos vividos por el país⁶ y por el otro la sensación de creciente vulnerabilidad social. Todo esto conduce al miedo a un nuevo golpe de Estado o al miedo al desencadenamiento de una “guerra civil”. Aquí también fueron ubicados los miedos relacionados con el *“miedo al país”*, que implica el miedo a que suceda *“algo feo”*, relacionado también con la sensación de desprotección e incertidumbre.

Consecuencia de la historia de los argentinos podría pensarse posible y hasta “racional” un miedo de esta envergadura. Estamos aún inmersos en un período que no podemos dar por concluido, ya que los efectos *psicosociales* de la etapa de la dictadura siguen presentes y probablemente perduren por largo tiempo. La situación de terror nos afectó a todos y condicionó nuestra vida concreta, independientemente de la conciencia que de ello pudiéramos haber tenido. El cuerpo social fue herido simbólica y concretamente. Los efectos fueron también acumulativos en tanto en cada nueva situación producen modificaciones en el campo de la realidad concreta del grupo o individuo, que luego inciden en la producción de nuevos efectos. (Cfr. Kordon y Edelman, 1986)

Por otra parte, aparece la construcción de otro miedo ligado al crecimiento de la violencia que hace a lo cotidiano, y que sucede en el terreno del mismo barrio. Esto no sólo se debe al incremento de robos y hechos delictivos, sino también a la pérdida de confianza en instituciones como la policía. Últimamente, han ocurrido episodios que

reflejan un abuso de poder por parte de la policía, en especial las muertes causadas consecuencia de esta nueva modalidad de “gatillo fácil”. Si bien este tipo de accionar provoca el repudio de los vecinos, el hecho de que estas cuestiones no queden claras o “queden en la nada” sigue generando temor.

Como otros de los miedos actuales, se registra el miedo al crecimiento de la pobreza y el deterioro de las condiciones de vida, especialmente en lo que se refiere a la salud, la educación, y cuyos efectos ya son previsibles tanto en el corto como el largo plazo. En este sentido, surgieron miedos que hacen a lo cotidiano y estrechamente vinculados con la sensación de vulnerabilidad e incertidumbre a la que estamos expuestos, como el miedo a la pérdida del empleo, a que no alcance el salario, miedo a las enfermedades, especialmente, cuando no se cuenta con cobertura social. Esta situación, se agudiza con la falta de recursos y políticas sociales destinadas a la inclusión, capaces de proporcionar herramientas de promoción para los sectores marginados.

En otro nivel de análisis, surgió un miedo muy profundo a dejar de creer en los ideales, miedo de pensar que “*todo puede quedar como está*”.

Entre lo que se pudo identificar como climas de sospecha, surgió en primer término la villa como lugar en torno al cual giran los principales prejuicios. Por su parte, la calle parece haber adquirido un status de peligro, que antes no tenía, asociado a la noche y los lugares oscuros.

También se pueden construir climas de sospecha en los ámbitos de participación cuando se presentan “desconocidos”, retornan a la memoria los miedos vividos en otros tiempos al transitar por situaciones similares.

⁶ Se refiere al 19 y 20 de diciembre de 2001.

Por otra parte, aparecen los miedos a la discriminación *por ser diferente, por pensar diferente*. En algunos casos, estas situaciones llegan a constituir verdaderos procesos de estigmatización.

Bajo esta perspectiva es que entendemos en el barrio la aplicación de ciertas “*etiquetas o estigmas*” en el proceso de encontrar una cara visible, un enemigo claramente reconocible e identificable, buscar “un culpable de todos los males”. Es de destacar, que no todos los atributos indeseables son temas de discusión, sólo aquellos que son incongruentes con cierto estereotipo acerca de cómo debe ser determinado grupo de individuos.

A partir del análisis de los relatos, se pretendió rescatar qué personajes emergen como el “enemigo” y qué tipo de discursos giran en torno a esta construcción. Al comparar los miedos actuales con los miedos pasados, surgió como continuidad, el miedo vivido durante la dictadura pero ahora trasladado al campo de lo laboral. En esos años, pensar diferente equivalía a la tortura y desaparición física; hoy, el pensar distinto, la no adaptación a la opinión masiva, implica la pérdida del trabajo y la discriminación. En la sociedad actual, el no tener trabajo condena necesariamente al sujeto a un lugar de marginación que lo lleva a desaparecer socialmente.

Asimismo, si bien encontramos continuidad con respecto al miedo a “*salir a la calle*”, es diferente el objeto concreto al que se le tiene miedo.

Otro de los propósitos principales del trabajo fue indagar qué efecto producía el miedo en las subjetividades de cada vecino, los relatos apuntaron a cuestiones diversas. Por un lado, se generó cierta parálisis creada por el miedo de pensar un proyecto alternativo, diferente, y por otro, se instaló el miedo ligado a la inseguridad de dejar los lugares tradicionalmente conocidos, más familiares. El miedo fabricó un estado de inseguridad que anuló en un primer momento la capacidad de buscar ayuda o realizar algún tipo de movimiento.

Finalmente, consideramos que uno de los efectos más duraderos del miedo es el de dejar “huellas” en la memoria de cada persona, lo que necesariamente se estructura de manera particular y se refleja en el modo de pensar, sentir y actuar.

Sin embargo, en algunos casos, al reconocer la similitud de situaciones vividas por los vecinos, estos miedos se diluyen. El hecho de compartir una misma experiencia de vida, se ha convertido en una forma de presentarle batalla a esa “parálisis” inicial, participando primero e involucrándose luego con los problemas a resolver.

Con respecto a las formas de alivianar esos miedos, surge por un lado, la necesidad de concientizarse sobre qué es lo que está pasando realmente y por otro, la necesidad de asumirse y reconocerse tal cual somos, con nuestros “pros y contras”, alternativa a una representación totalizante de la sociedad como un orden, en el cual cada uno tiene un lugar determinado. (Baczko, 1991)

Toda representación social va a ser el producto de la construcción mental de la realidad de un sujeto humano, usando como material para su elaboración de lo real lo que receptionan sus sentidos a través de su historia y de su relación con otros sujetos. La construcción mental deriva en categorías del conocimiento, que va a ayudar al sujeto a entender, adaptarse o revelarse contra la situación que le toca vivir. (Sirvent, 1999)

Como contracara del miedo, aparecen otras formas de organización y participación. A partir del 19 y 20 de diciembre de 2001, esta forma se plasmó principalmente en la creación de las Asambleas Barriales, lugar donde fueron canalizadas muchas demandas y necesidades que hacen a lo concreto e inmediato y como una forma de contener ciertos miedos relacionados con la inestabilidad y la incertidumbre actual. Se observa de este modo, al analizar la coyuntura actual, que la sucesiva puesta en marcha de políticas neoliberales ha instalado un escenario en donde prima el aumento de la inequidad social y la marginación. En este contexto de desigualdad, se asiste a

un debilitamiento general de las organizaciones sociales tendientes a la conformación de una subjetividad más “egoísta” teñida de factores que operan a través del miedo y a partir de la cual la resolución de los conflictos se manifiesta en estrategias generalmente individualistas que devienen en la exclusión.

Sin embargo, en esta “atmósfera”, se rescata la existencia de diversas instancias donde se evidencia la iniciativa y la esperanza de construir espacios colectivos en los cuales son los vecinos quienes se transforman en los verdaderos protagonistas del cambio.

Estos primeros hallazgos, dado su carácter exploratorio, han logrado identificar algunas de las principales cuestiones, dejando interrogantes abiertos para su posterior profundización. Hasta aquí, se ha propuesto dar cuenta de los distintos miedos sociales que acompañan el proceso de construcción de subjetividades, los cuales se encuentran en íntima relación con la dinámica de los procesos sociales, y como éstos son una realidad en permanente constitución su desciframiento es parte de un desafío continuo.

Bibliografía

- Apadurai, Arjun (2001): **La modernidad desbordada**. Fondo de Cultura económica. México.
- Baczko, Bronislaw (1991): **Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas**. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (1999) **La globalización. Consecuencias humanas**. Fondo de Cultura Económica, Brasil.
- Berger, P. y Luckman, T.(1994) : **La construcción social de la realidad**. Amorrortu, Buenos Aires.
- Binder, A.(1991) **La sociedad fragmentada**. En Redes. Hacia la construcción de redes en salud. Rosario.

- Castel, Robert (1991) **La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión.** En Espacio Institucional (I). Lugar Editorial. Buenos Aires.
- Duby, Georges (1995) **Año 100, año 200. La huella de nuestros miedos.** Editorial Andrés Bello, Chile.
- Entel, Alicia (1996) **La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana,** Paidós, Buenos Aires.
- Goffman, Irving (1995) **Estigma. La identidad deteriorada.** Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor (1971): **Dialéctica del Iluminismo.** Ed. Sur, Buenos Aires.
- Kordon, D. y Edelman, L. (1996): **Efectos psicológicos de la represión política.** Sudamericana- Planeta, Buenos Aires.
- Reguillo Cruz, Rossana (1998): **Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad.** Ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación de Investigadores de la Comunicación. ALAIC. Brasil.
- Schutz, Alfred (1974): **El problema de la realidad social.** Amorrortu, Buenos Aires.
- Sirvent, María Teresa (1999) **Cultura popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos.** Ed. Miño y Dávila, Buenos Aires, 1999